



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Participación, legitimidad y gobernabilidad

Autor: Escobar Herrán, Guillermo León

Forma sugerida de citar: Escobar, G. L. (1993). Participación, legitimidad y gobernabilidad. *Cuadernos Americanos*, 3(39), 53-56.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año VII, núm. 39, (mayo-junio de 1993).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

PARTICIPACIÓN, LEGITIMIDAD Y GOBERNABILIDAD

Por *Guillermo León ESCOBAR HERRAN*
COLOMBIA

TODAVÍA HAY HUELLAS de la alegría de los demócratas cuando —con excepciones mínimas— Latinoamérica logró hace pocos años la democracia formal expresada apenas en la manera de designar a sus gobernantes.

César Vallejo —el poeta peruano— habla de la angustia de observar “aquel pan que en la puerta del horno se nos quema”; de hecho en varios de los humildes hornos de la democracia latinoamericana está oliendo a quemado.

Vivimos la peor época de nuestra historia; antes teníamos a quién endilgarle la culpa: el marxismo, la dependencia; todos eran culpables de oportunidad que nos excusaban de la evidencia de serlo nosotros mismos.

Es la peor época porque es la de la incertidumbre, y esto hemos podido constatarlo aquí en el transcurso de esta reunión. Esa incertidumbre se plantea frente al desarrollo y aun frente a las medidas que se deben adoptar para lograrlo.

Incertidumbre, porque se sabe que todo proceso de desarrollo debe estar subordinado a los valores humanos de bienestar, equidad y justicia social, ya que es en ellos donde la gente reconoce más fácilmente el faltante de nuestras democracias.

No se puede disimular, a no ser que sea cierto aquello de que los latinoamericanos somos solemnes a pesar de ser pobres, y hemos terminado siendo pobres de solemnidad. La solemnidad nos ha impedido vernos como somos, y ahora que hemos resuelto hacernos a un “mirar honesto” nos sentimos desconcertados.

Hablando claro es la pobreza ascendente y creciente —pobreza no sólo económica— la que resta legitimidad y reduce la gobernabilidad.

Erwin Lazlo, en su reciente informe, señala las amenazas que se ciernen sobre el mundo, pero deja adivinar la clave de la pregunta

por el hombre que ha tenido el supremo atrevimiento de amenazarse a sí mismo de muerte.

Todos tenemos miedo, pero en la vida cotidiana del mundo de hoy —la nuestra— hay un miedo sobrecogedor a la subversión, a la más grave de todas las subversiones, que es la de la pobreza, ya que frente a ella no sabemos qué hacer, no hay un comando central con el que conversar o negociar, no hay un dirigente identificable, no hay una estrategia discernible...

La subversión de la pobreza es y basta; ahí está convertida en inseguridad pública, en abstención, en incredulidad, en desgano... ¡La subversión de la pobreza será la de fin de siglo!

Con pobreza en tránsito de subversión no hay gobernabilidad; el camino de la anarquía está abierto y es preciso entenderlo así y comprender —además— que el único diálogo posible con la pobreza es el desarrollo que, de no llegar a tiempo, puede desvincularnos de toda posibilidad de futuro.

Aquella tonada mexicana que dice que “la distancia entre los dos es cada día más grande” define la situación existente entre los sectores populares y el sector político. Es preciso —además— observar y analizar esa curiosa simetría que hay entre la “brecha entre ricos y pobres” y la brecha que existe entre el Estado y el Pueblo.

La crisis ha llegado a tanto que los actores vigentes y los partidos vigentes no saben tratarla; más aún, siguen pensando que es transitoria y que se soluciona por sí misma, lo que les ha conducido a seguir “haciendo lo mismo” y mantenerse a la espera de que la crisis transcurra.

Por ello no hay que sorprenderse de que hayan hecho su entrada nuevos actores y nuevos movimientos; parece que los partidos son el ayer, los movimientos el hoy, pero nadie sabe cuál será el mañana.

La evidencia es ésta: los movimientos sociales y las organizaciones no gubernamentales (ONG) se han adelantado a los partidos y han reducido el campo de la gestión del Estado.

Si uno observa cuál es el campo de acción de los movimientos populares y de las ONG encontrará la paradoja de que ese campo de acción no es otro que el de los partidos de antaño, que se movían en el nivel de promesa; el incumplimiento de ese mensaje populista deslegitimó a los partidos, pero ese mismo mensaje actuado y cumplido legitima a los movimientos sociales, genera la acción comunitaria y otorga a individuos y grupos la certeza de que mucho es posible sin el Estado paternal que empieza a desaparecer por la

decepción que frente a él sienten los que hasta ahora recurrían a él como hijos.

Hoy muchos hablan de “la sociedad despolitizada” o de la superación del Estado y de la política a través de una nueva política que apenas empieza a perfilarse.

Los cíclopes del ayer se derrumban y lo hacen sus áulicos y asciende la participación que exige desconcentración del poder, descentralización de la gestión, renacimiento de los identificadores básicos como el de la vida municipal que es el único mundo político comprensible para el ciudadano común que —organizado— constituye el mañana próximo de la democracia, de la participación y de una renovada legitimidad.

Lo que sucede —y en ello está el desconcierto— es que estos cambios nos tomaron “fuera de base”; hemos dedicado esfuerzos y recursos en formar “gerentes para el ayer” que fenece y pocas ideas tenemos para activar el liderazgo de la democracia que nace.

Vaclav Havel, en un bello libro titulado *El intento de vivir en la verdad* entrega la clave de todo. La *verdad*, ha de regir la vida en todas sus dimensiones. En efecto, afirma él que la economía, la política y los intelectuales pierden el favor del pueblo y de la comunidad —por tanto la legitimidad y la gobernabilidad— cuando se descubre la mentira o la inutilidad de lo predicado o cuando evaluamos —atónitos— que todo, a pesar de los años y de las generaciones, sigue siendo igual pero más desafiante, ya que a ello coadyuva la evidencia del “mayor progreso” (que es el desarrollo de pocos) opuesto al “menor desarrollo” que es la vivencia de los muchos.

Las formas de gobierno, así como las formas de oposición del ayer, están superadas. El caudillo está tan envejecido como el “muro de lamentaciones” que construyen con sus gritos sus opositores.

Legitimidad, gobernabilidad y participación requieren que se tenga la certeza de que todo proyecto político o económico parte de la democracia como condición de posibilidad; que tanto el desarrollo de la democracia como el de la economía y el de la política se reconozcan y evalúen por los espacios que generan para que el ciudadano actúe; que se perciba que la cultura es la totalidad de la vida de un pueblo, que tiene sentido englobante de todo lo social y que, por lo tanto, comprende lo económico y lo político; que se afirme que han de promoverse “valores transformadores” de la persona y de la comunidad que sirvan para sustituir los valores retóricos cuyos resultados nos conturban; formar para la democracia y para la

política a todos los niveles sociales y de dirigencia y en todas las actividades ya que “la democracia más que una forma de gobierno es una forma de vida”.

Aquí hemos dicho que todos somos educadores; pues bien:

1. Hay que proclamar insistentemente a la sociedad civil los valores de una genuina democracia pluralista, justa y participativa.

2. Hay que diseñar mecanismos para que las gentes sean reales protagonistas al descentralizar los liderazgos, multiplicándolos a través de organizaciones intermedias, a fin de redistribuir el poder, hacer de él un servicio, que siempre alguien necesite de alguien y que quien gobierne sea el eficaz coordinador del poder y no su dueño omnipotente.

3. Sembrar la certeza de que democracia es la capacidad de “convivir” en torno a un proyecto común realizable, a fin de dejar de ser la patria grande de los “eternos comienzos” y no caer en aquello que a todo megaproyecto corresponde una megafustración.

4. Ser conscientes de que son la familia y la escuela los grandes aliados para formar en la participación y la gobernabilidad; fundar una democracia es crear a través de ellas valores de responsabilidad, corresponsabilidad, participación, respeto, diálogo y sentido del bien común, así como conciencia de riesgo y de contención para que el hombre no se ahogue en la perversión del consumo y de la riqueza y éxito fáciles.

5. Aceptar que un buen gobierno se evalúa por la dimensión y duración de los bienes sociales que posibilita.

6. Crear y facilitar el trabajo de instituciones que bajo el ámbito de la “formación permanente” formen dirigentes sociales, actualicen y preparen para la utilización de los instrumentos que surgirán de la posmodernidad.

Finalmente hemos de dar un paso más allá del pragmatismo de moda y superar aquello de que la política es tan sólo el arte de lo posible por el desafío que ella sea el arte de hacer posible lo deseable. Hay que recuperar la utopía, hay obligación moral de hacerlo. Es preciso una “utopía de fines”; lo que nunca es justificable es caer en la “utopía de los medios” a la que somos tan proclives y que es la causa de soñar mundos en lugar de vivirlos en la plenitud de su realidad.